

Homilía

Corpus Christi

✠ Card. Mario A. Poli
Arzobispo de Buenos Aires

Domingo 14 de junio 2020

Cuerpo y Sangre de Jesús, Vida para la familia humana

Dt 8,2-3. 14b-16^a; Salmo 147; 1Co 10,16-17; Jn 6,51-58.

Un párroco santo: San José Gabriel del Rosario Brochero

Deseo comenzar esta homilía presentándoles dos testimonios eucarísticos.

El primero es la carta de un párroco santo: San José Gabriel del Rosario Brochero.

«Pues bien, yo estoy ciego casi al remate, y apenas distingo la luz del día, y no puedo verme ni mis manos. A más, estoy casi sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos, y de las rodillas hasta los pies. Y así, otra persona me tiene que vestir o prenderme la ropa. La Misa la digo de memoria y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es “una mujer de entre la multitud levantó la voz...” (Lc 11,27). Para partir la Hostia consagrada y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la Forma la he tomado bien para que se parta por donde la he señalado, y que la hijuela cuadrada está en el centro del corporal para poderlo doblar. Me cuesta mucho hincarme y muchísimo más el levantarme, a pesar de [tomarme de la] mesa del altar»¹.

El segundo es el de un jesuita, misionero entre los guaraníes por más de treinta años: «La campana toca a levantar a las 5 en invierno y a las 4 en verano para la oración mental, acabada esta, toca a Misa...Cierto que si no dieran lugar para ella, dejaríamos estas Misiones, pues la caridad bien ordenada, y más la espiritual, comienza por encontrarnos diariamente con Él»².

¿Qué fuerza oculta contiene la Sagrada Eucaristía para que los santos y misioneros hayan hecho de la celebración de la Misa el centro de su vida y apostolado?

La Iglesia no nos da una respuesta escolar, sino que nos propone una fiesta para acercarnos a este don del Cielo. Como lo venimos realizando desde hace 400 años, la solemnidad del *Corpus Christi* es el encuentro de los creyentes porteños para celebrar el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Hoy las circunstancias no nos permiten reunirnos alrededor del altar. Pero sabemos que la Iglesia es la comunidad de los bautizados, y aunque estemos en nuestras casas, distantes unos de otros, formamos un Cuerpo

¹ Carta del Santo al Obispo Juan Martín Yániz, 28.10.1913, a pocos meses antes de su muerte.

² José Cardiel SJ, Carta y Relación de las Misiones de la Provincia del Paragua (1747), escrita después de la expulsión.

místico cuya Cabeza es Cristo, y quien nos mantiene unidos por el vínculo de la fe es el Espíritu Santo, el que distribuye los dones a cada uno para el bien común.

En el corazón de esta gran fiesta está el deseo de conmemorar lo que Jesús nos dejó en la víspera de su pasión: «Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomen y coman, esto es mi Cuerpo”. Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, diciendo: “Beban todos de ella, porque esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados”» (Mt 26, 26-28).

Debajo de las apariencias del pan y del vino se ocultan misteriosas realidades, y lo sorprendente es que no han perdido su apariencia porque «siguen significando también la bondad de la creación, [...] “fruto de la tierra” y “de la vid”, dones del Creador» (CEC 1333). Apreciamos en ello una delicadeza del Señor, quien nos ha invitado: «Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes» (Jn 6,53).

La Eucaristía es la sublime prenda de amor con la que Jesús quiso quedarse para siempre entre nosotros; por virtud de su eficacia nos hace participar de su Pascua: pasión, muerte y resurrección; y con palabras cordiales nos pidió que la celebremos hasta que Él vuelva. La Iglesia, que es su Cuerpo, lo guarda en su memoria y confirma su unidad en el amor, alimentándose con el Cuerpo y la Sangre de su Señor, y en vigilante adoración pone su esperanza en la segunda venida de su Salvador.

Ante el tesoro de la Eucaristía, la Iglesia se descubre pobre y peregrina, y no deja de sorprenderse porque en su camino hacia la Patria prometida siempre cuenta con esta fuente de misericordia que nunca se agota. «Puede ser tan sólo uno el que se acerca al altar, o pueden ser multitudes: Cristo no se acabará». (Secuencia). «La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles» (EG 47); es una expresión de amor, y cuando la celebramos, es capaz de colmar el ansia de amor cordial, personal y comunitario.

La Eucaristía, por virtud de quien le da Vida y la comunica como quiere, no reconoce límites ni se detiene ante ningún aislamiento. Sabe llegar sacramental o espiritualmente a quienes lo desean: a los refugiados, a los encarcelados, a los enfermos, a los pobres, a los pecadores arrepentidos, y a todo hombre o mujer que en el mundo lo busca sin conocerlo. «Quien lo come no lo rompe, no lo parte ni divide; él es el todo y la parte, vivo está en quien lo recibe» (Secuencia).

Por eso celebrar el *Corpus* no significa repetir aquella primera Eucaristía. No. Si así fuese, lo vaciaríamos de su sentido más profundo. El sacrificio de la Misa, es el mismo sacrificio del Calvario, pero en forma incruenta, sin derramamiento de sangre. Sucedió en un tiempo histórico y en un lugar preciso, Jerusalén, pero al ofrecerlo Dios se revistió de eternidad, y una vez que Cristo fue glorificado a la derecha del Padre, sigue emanando todo lo que tiene de bondad y misericordia para nosotros. Hoy, con esta Santa Misa, nos acercamos a esa eterna fuente de vida y de gracia que continúa prodigando lo que necesita la Iglesia para seguir anunciando la luz del Evangelio, capaz de iluminar a toda la humanidad. Por eso decimos que hay un solo sacrificio redentor

llevado a cabo por Jesús, y nuestras Misas actualizan para nosotros ese manantial inacabable de amor, gracia y perdón que surge del costado abierto de Cristo crucificado; y la Iglesia celebrará este misterio de amor clamando: ¡Ven Señor Jesús!

En la Eucaristía alimentamos la pasión por la misión, porque su desbordante eficacia no tiene fronteras y nos desafía para que llevemos esta buena noticia a toda la familia humana. Cuanto más hoy, el *Corpus* se presenta como un faro de esperanza en medio de la noche de la pandemia, con sus secuelas de enfermedad y muerte. En la Pascua reciente, el Papa Francisco nos animaba diciendo: «La resurrección de Cristo, es la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios. El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada»³.

El *Corpus* nos devuelve la alegría de saber que siempre tendremos el sacramento del amor para escuchar al Maestro que nos dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54).

³ Mensaje del 12 de abril, en la bendición *Urbi et orbi*.